

## 1. AUTOESTIMA: CONFLICTO NUCLEAR DE LAS DEPRESIONES\*

La autoestima es lo que proviene del narcisismo infantil y de las realizaciones acordes al ideal<sup>1</sup>, es un residuo, pero no un residuo desechable. *Como ríos tributan en la autoestima: una historia, unos logros, una configuración de vínculos, así como los proyectos (individuales y colectivos) que desde el futuro alimentan el presente.*

Con tantos afluentes, el sentimiento de estima de sí es turbulento, inestable. Lo hacen fluctuar las experiencias gratificantes o frustrantes en las relaciones con otros, la sensación (real o fantaseada) de ser estimado o rechazado por los demás; el modo en que el ideal del yo evalúa la distancia entre las aspiraciones y los logros. Esas aspiraciones, cuando se incrementan, hacen más imperiosa la necesidad de poner en obra una serie de recursos para disminuir la angustia por la pérdida de amor del superyó.

Al mismo tiempo, la satisfacción pulsional aceptable para el ideal (directa, inhibida en su fin) y la sublimación elevan el sentimiento de estima de sí. Lo eleva también la imagen de un cuerpo saludable y suficientemente estético.

Y al mismo tiempo lo acosan la pérdida de fuentes de amor, las presiones superyoicas desmesuradas, la incapacidad de satisfacer las expectativas del ideal del yo. Y naturalmente, las enfermedades y los cambios corporales indeseados<sup>2</sup> (Hornstein, 2000).

La autoestima esta sostenida por lo social mediante el “contrato narcisista” (Aulagnier, 1977) que ofrece un entramado que sirve de soporte al yo y al ideal. Apuntalándose en lo social, el sujeto se apropia de una serie de enunciados que su voz repite *haciendo verosímiles las previsiones acerca del futuro.*

El niño va ingresando en espacios extrafamiliares que lo enfrentan a otras exigencias y a discursos novedosos. No ingresa por maduración física. Debe lograr cierta *entente* entre dichos espacios. Se mueve en el espacio familiar, en el escolar, en el grupo de pares, en un círculo profesional. En el espacio familiar, se demanda del otro placer narcisista y sexual. En el segundo espacio (medio escolar, relación con los amigos y medio profesional) las demandas tendrán objetivos parciales: placer narcisista o sexual. Un tercer espacio de investimiento es lo histórico-social y, en particular, una subcultura (comunidad, clase social, pertenencias diversas) con la que se comparten intereses, exigencias y esperanzas. La autoestima resulta del entramado de reconocimientos narcisistas y proyectos compartibles y compartidos.

El yo se abre al futuro aceptando diferencias entre él mismo tal como se representa, tal como va a devenir y tal como se descubre deviniendo. Esboza su temporalidad, invistiendo la diferencia de sí mismo a sí mismo. Entre el yo y el ideal persistirá una diferencia que no anula el anhelo de un encuentro pleno entre el yo y el ideal.

\*Fragmento del cap. 1 de *Las Depresiones*, Paidós, Buenos Aires, 2011 (tercera edición).

---

<sup>1</sup> Utilizo en este libro el término “autoestima” y “sentimiento de estima de sí” como traducción de *Selbstgefühl* (término utilizado por Freud en “Introducción del narcisismo”). Autoestima comprende, por un lado, la calidad de lo propio (auto); por otro, “estimar” proviene del latín *aestimare*. María Moliner atribuye a “estimar” dos series semánticas: apreciar, valorar, reconocer el mérito, que remite al afecto, mientras la otra serie remite al discernimiento y al juicio: creer, juzgar, evaluar. *Selbstgefühl* tiene dos significados. Uno es la conciencia de una persona respecto de sí (sentimiento de sí) y el otro es la vivencia del propio valor respecto de un sistema de ideales (sentimiento de estima de sí). Éste puede ser vivenciado como positivo (orgullo, vitalidad) o como negativo (culpa, vergüenza, inferioridad).

<sup>2</sup> Esa alarma que nos enfrenta a la autonomía del cuerpo.

Incluiré un cuadro (del capítulo 6) para ilustrar el lugar prevalente de las perturbaciones de la autoestima (y síntomas vinculados) en la clínica de las depresiones.

Los síntomas se presentan en los siguientes porcentajes<sup>3</sup>:

Baja autoestima	84
Pesimismo	77
Sentimientos de inadecuación	73
Aislamiento social	71
Pérdida de interés o placer	70
Falta de energía o fatiga	66
Indefensión	65
Irritabilidad/rabia	65
Descenso de rendimiento	62
Pobre concentración	60
Autocompasión	59
Dificultad en la toma de decisiones	59
Pérdida de locuacidad	58
Sollozo/llanto	54
Insomnio	50

Todo paciente nos abre una pregunta. Un paciente depresivo parece abrirnos muchas: ¿Qué déficit tendrá? ¿Afectivo? ¿De logros? ¿De narcisización? ¿De una combinación de ellos?

También para Freud (1914), el sentimiento de sí esta hecho de muchos “materiales”: *“Una parte del sentimiento de sí es primaria, el residuo del narcisismo infantil; otra parte brota de la omnipotencia corroborada por la experiencia (el cumplimiento del ideal del yo), y una tercera de la satisfacción de la libido de objeto [...] Todo lo que una persona posee o ha alcanzado, cada resto del primitivo sentimiento de omnipotencia corroborado por la experiencia, contribuye a incrementar el sentimiento de sí”*.

En este capítulo analizaré los distintos materiales del compuesto: cómo se constituye el narcisismo infantil, cómo ciertas realizaciones le permiten al sujeto sentirse en paz con sus ideales. Mi paradigma para logros yojicos será la sublimación. Y veremos cómo la autoestima está vinculada a las relaciones con los otros.

En los otros capítulos me dedicaré a desplegar otro enunciado freudiano concerniente a la depresión, cuando la distancia entre el yo y el superyó parece insalvable. Cruzaré el precipicio con el apoyo de dos guías: el yo y el superyó. *“En todas las formas de enfermedades psíquicas debería tomarse en cuenta la conducta del superyó, cosa que no se ha hecho todavía. Empero, podemos postular provisionalmente la existencia de afecciones en cuya base se encuentre un conflicto entre el yo y el superyó. El análisis nos da cierto derecho a suponer que la melancolía es un paradigma de este grupo, por lo cual reclamaríamos para esas perturbaciones el nombre de psiconeurosis narcisistas. [...] La neurosis de transferencia corresponde al conflicto entre el yo y el ello, la neurosis narcisista al conflicto entre el yo y el superyó, la psicosis al conflicto entre el yo y el mundo exterior”* (Freud, 1924b).

### **Narcisismo infantil**

No hay yo (el yo no se constituye) sin proceso de narcisización. Y no habría teoría del proceso de narcisización sin Winnicott, Kohut y Piera Aulagnier. Ellos

<sup>3</sup> Solo enumeraré las que tienen una frecuencia mayor al 50%.

alimentaron teorías insoslayables para una teoría contemporánea del yo y su constitución irrigada por el narcisismo y la identificación<sup>4</sup>.

El narcisismo se le presenta a Freud multifacético: fase libidinal, aspecto de la vida amorosa, origen del ideal del yo, construcción del yo... La esquizofrenia y la paranoia le dan argumentos para teorizar esa reverberación. Pero hay más: la enfermedad orgánica, la hipocondría, la homosexualidad, el dormir y la vida amorosa. Otras facetas del narcisismo.

¿Y la fase narcisista? ¿Las fases se suceden? ¿No hay residuos y desechos? *Fase autoerótica*: su fijación conduciría a un yo corporal que tiende a fragmentarse (ejemplo clínico: la esquizofrenia). *Fase narcisista*: se preservaría un yo unificado pero al precio de designar un perseguidor que podría desintegrarlo (ejemplo clínico: la paranoia). A la fase narcisista corresponden también las depresiones, cuya problemática no es la consistencia del yo sino su valor. *Fase homosexual*: corresponde a la homosexualidad y a todos aquellos cuadros clínicos en los que predomina cierta indiscriminación yo-no-yo. Finalmente, *fase heterosexual*, punto de fijación de las diversas neurosis.

El yo remite a los primeros lazos afectivos con el mundo, a cómo fue deseado el niño, a los anhelos e ilusiones que fueron proyectados sobre él. Desde la primera mamada, el niño incorpora un proteico mundo simbólico.

La prematuridad origina algo más que un apego duradero del niño a los primeros objetos de amor: un deseo de fusión nunca saciado. En el fondo del adulto duerme ese niño prematuro que aspira a la unión total con el otro. Lo que está en juego en el erotismo –acierta Bataille– es siempre una disolución de las formas constituidas. Cada ser es distinto de todos los demás. Su nacimiento, su muerte y los acontecimientos de su vida interesan e implican a otros, pero se nace y se muere solo. Entre un ser y otro hay un abismo, una discontinuidad, y toda la puesta en marcha erótica tiende a la disolución del estado de existencia discontinua<sup>5</sup>.

El yo se construye desde esos otros primordiales que, ya en los cuidados maternos, ejercen una violencia simbólica. El deseo materno tiene para el niño un efecto de anticipación. Lo confronta a un discurso, a una realidad que todavía no está en condiciones de entender. Todavía no puede prever el sentido y las consecuencias de las experiencias con las que se ve enfrentado. Pero cada hora lo está un poco más. Está, y es inevitable, expuesto a excesos. Exceso de sentido, de excitación y de frustración, pero también exceso de gratificación y protección.

La madre ofrece un pecho deseante, historizante e historizado. Transmite casi todo: palabras, caricias, gestos, cuidados. El bebé tiene momentos fusionales con la madre, pero pasa largos períodos a solas. Esa alternancia entre fusión y separación es esencial. De su ritmo depende que el otro sea presencia estructurante en vez de presencia arrasante.

El bebé necesita que la madre sea escudo protector contra estímulos externos. Que sea capaz de decodificar lo que él “oscuramente” transmite y de comprender que él necesita estimulación y quietud, en dosis que ningún científico podría determinar. Si no se evitan la sobreestimulación y la subestimulación puede producirse en el niño una indistinción entre el yo y el otro, y preservarse una representación corporal arcaica donde la separación entre el cuerpo materno y el del niño sigan siendo confusos (McDougall, 1998).

---

<sup>4</sup> “El narcisismo, lo sabemos, no debe ser concebido como un estado monádico primigenio sino como una investidura libidinal ‘del yo’ o, para ser más precisos, como una investidura libidinal que constituye el yo a imagen del otro cuerpo en tanto totalidad (el cuerpo del otro, pero también mi cuerpo en tanto otro). El narcisismo no es otra cosa que la identificación narcisista” (Laplanche, 1999).

<sup>5</sup> Kristeva (1983) postula un vacío que aparece como primera separación entre un yo todavía no devenido y lo que todavía no es un objeto. “Si el narcisismo es una defensa contra el vacío de la separación, entonces toda la máquina de imágenes, representaciones, identificaciones y proyecciones que lo acompañan en el camino de la consolidación del yo y del sujeto es una conjuración de este vacío”.

El niño, para ir controlando los estímulos, crea representaciones simbólicas que organizan y depuran la pura excitación. Mientras tanto, la madre cumple esa función, provisionalmente, como en fideicomiso, dispuesta a ir dejando de cumplirla. Si por su propia angustia no puede cumplirla, habrá fragilidad en la organización psíquica. Si se apura, si no va graduando los plazos, se instala la omnipotencia simbiótica. Y si el plazo es muy largo sobreviene la desesperación.

La madre capta (entiende, intuye) los movimientos psíquicos de su niño por las expresiones visibles del cuerpo del niño, que los ignora así como ignora la existencia de un espacio de realidad por fuera de él. Espacios y afectos que serán perceptibles para el bebé a partir de las respuestas que la madre propone. El bebé expresa su sentir en el cuerpo. La madre lo decodifica, lo interpreta, traduce esos signos visibles del cuerpo y, desde su propia historia, les presta palabras y afectos que serán las inscripciones fundantes de la estructura psíquica. Ese encuentro inaugura la actividad de representación en el recién nacido (Rother Hornstein, 2003).

Vivencias de satisfacción y de dolor *constituyen* el yo como organización. El trabajo del yo es inhibir o diferir la descarga y posibilitar el proceso secundario. Cualquier satisfacción de la necesidad desprovista de amor o postergada más allá de lo tolerable, cualquier difusión de las angustias de la madre altera ese trabajo, forjador del narcisismo trófico<sup>6</sup>.

En cuanto a Winnicott, quién sino él contribuyó a pensar la narcisización a partir de la unidad formada por la madre y el bebé. La madre se ofrece al bebé. Le ofrece la ilusión de que responde fielmente a sus gestos y acciones. Esa madre es una creación del bebé, es decir, una parte de él. La madre “sobrevive” a los “ataques” del bebé, inevitables ataques para que haya crecimiento psíquico. Lo central del descubrimiento de Winnicott es que el verdadero *self* sólo puede evolucionar en presencia de una persona no intrusiva para que, de esta manera, no quede interrumpida la continuidad de su propia experiencia. Este proceso requiere que la madre “deje ser”, que no imponga sus vivencias.

Winnicott destaca que la madre provee una continuidad de existir, “ampara” al infante en un ambiente por ella creado y promueve su crecimiento. No obstante, contra el fondo de esta constancia que les da recíproco relieve, madre e hijo negocian de continuo una experiencia intersubjetiva que se cohesionan en torno de los rituales de la necesidad psicosomática: amamantamiento, cambio de pañales, consuelo, juego y sueño.

El narcisismo trófico preserva *cierto* equilibrio entre fantasía y realidad. Winnicott (1971) ha descrito la relación estrecha entre la fantasía, el juego, la creatividad y los fenómenos culturales. ¿Y cómo se logra ese *cierto* equilibrio? De otro modo, ¿cómo se evita que la fantasía instale un alejamiento de la realidad? La clave, la actitud de los padres, si pueden o no disfrutar las ilusiones del niño, añadir sus propias fantasías y desprenderse de ellas. La actitud deseable de los padres no consiste en sumergirse en la ilusión ni en ejercer una racionalidad a ultranza, sino en tener la capacidad de jugar con las fantasías sin perder de vista el hecho de que se trata de un juego.

Winnicott describió al recién nacido como un ser a la deriva en una corriente de momentos no-integrados. El pensamiento se despliega mediante una zona transicional, que combina fantasía y realidad, mundo interno y externo. Los objetos transicionales facilitan la capacidad de juego y creatividad<sup>7</sup>. El espacio transicional es el medio fundamental para una entrada en la vida social y cultural. Sin este espacio, no habría condiciones de posibilidad para aquellas formaciones de compromiso donde

---

<sup>6</sup> Gracias al narcisismo trófico, el yo mantiene la cohesión, la estabilidad (relativa) del sentimiento de sí y la valoración del sentimiento de estima de sí.

<sup>7</sup> Bollas (1987) le da a esto un matiz más dinámico, al emplear la denominación “objeto transformacional”. La representación interna de la madre en el niño es un proceso y no una imagen de un objeto con cualidades concretas.

predominan la diferencia y la creación, y que agrupo<sup>8</sup> con la denominación “juegos desarrollados”.

El espacio transicional se construye allí donde se produjo la separación. Siempre y cuando ésta no hubiera acarreado consecuencias insoportables para el niño. Un espacio virtual entre el afuera y el adentro del cual surge la creatividad. Se sitúa entre la predominancia del mundo subjetivo que hace que el esquizoide pierda contacto con lo real y una complacencia sumisa hacia la realidad exterior (sobreadaptación) que tiene por corolario la pérdida de contacto con la realidad psíquica.

Cuando se logra la “*capacidad de estar solo*”<sup>9</sup> la soledad no es defensiva, sino la capacidad de aislarse en presencia de la madre. Sin esa capacidad se abren otros destinos. La *invasión por el otro*, ilustrada por los estados de fusión, y su *dependencia absoluta* respecto del objeto. La *pasivización*, en cambio, supone la confianza y la seguridad de que no abusará del poder que de ese modo se le confiere al otro. Tolerar cierta fusión es tan necesaria como la necesidad de existir en el estado separado. El bebé está físicamente solo, pero no psíquicamente abandonado. Una madre “*no suficientemente buena*” falla en su tarea de contención y las posibilidades de elaboración del niño se ven sobrepasadas.

Aquí hago confluír el aporte de Piera Aulagnier. Así como hay represión primaria hay una “violencia primaria”. Se le imponen al niño elecciones, pensamientos o acciones. Por sensata o analizada o “suficientemente buena” que sea la madre, el suyo es un trabajo creativo, sin posibles recetas. Por eso nunca la violencia es óptima, por eso siempre bordea el exceso. Y en el peor de los casos el exceso se consume, anulando el pensamiento autónomo del niño y realizando un deseo de inmovilidad de la madre. Ella es además *portavoz*. Comenta las expresiones del niño, así como es portavoz de lo histórico-social. Entre lo que la madre cree que el niño piensa y lo que éste piensa hay una concordancia suficientemente buena. Pero también la ilusión de una concordancia perfecta. Esta ilusión ojalá se rompa cuando el niño hable.

El niño debe renunciar a creer que el Otro puede seguir garantizándole la verdad del dicho y deberá aceptar su soledad y el peso de la duda. “*El niño no duda primera que se conozcan sus pensamientos*”; más tarde el niño comprende que el adulto no conoce sus pensamientos: “*el descubrimiento de que el otro no sabe nada de los propios pensamientos -descubrimiento hecho sobre el fondo de que los conoce todos, puesto que no son, estructuralmente, sino el discurso del otro- en una adquisición decisiva para la constitución del sujeto*” (Lacan, 1958).

Hablar es lo más natural del mundo. Y a la vez lo más artificial del mundo. El niño está a expensas de los cuidados maternos, empezando por la palabra. El discurso materno puede traer la amenaza de privar de la palabra. Si la madre reconoce que no puede saber lo que el hijo piensa, el pensamiento del niño puede obtener una prima de placer. Ejercer el derecho a pensar implica el duelo por la certeza perdida. La duda es el equivalente de la castración en el registro del pensamiento. Pensar, dudar de lo pensado, tener que verificarlo: tales son las exigencias que el yo no puede soslayar<sup>10</sup>.

---

<sup>8</sup> Desde hace varios años (Hornstein, 1993 y 2000).

<sup>9</sup> La expresión es de Winnicott. La madre refleja lo que ve y el niño, mirándose en esa mirada, se siente amado y reconocido. Winnicott distingue entre la madre excitante y la que asegura funciones de *holding*, *handling* y espejo.

<sup>10</sup> El yo no acepta una idea por el placer ni por el prestigio del enunciante: los enunciados serán sometidos a la prueba de lo verdadero o de lo falso. Se instituye una instancia tercera que desempeñará el papel de garante. Cuando esta instancia se anule (fugaz o largamente) habrá alienación. Si sólo es verdadero lo que enuncia la voz idealizada, el sujeto no puede ser autogarante de ninguno de sus deseos, de sus padecimientos, de sus proyectos. La alienación es una situación relacional en la que el sujeto remite la totalidad de sus pensamientos al juicio exclusivo de otro. Implica una renuncia del yo a todo derecho de juicio sobre su propia actividad de pensar. Es el límite extremo que puede alcanzar el yo en la realización

Hay una “*sombra hablada*”. Un conjunto de enunciados que son testimonio del anhelo maternal concerniente al niño, que se anticipan a la enunciación que el propio niño hace de sí mismo. Es una oportunidad para verbalizar lo que él representa para el deseo inconsciente. Ella “dialoga” con la sombra hablada. El proceso identificatorio transmite además lo reprimido materno, indispensable para la constitución subjetiva.

Aun en los momentos de mayor omnipotencia, el cuerpo del bebé marca un límite a la omnipotencia materna y debilitan su convicción (la de que conoce sus necesidades, la de que adivina lo que debe darle). Convicción que habrá sido esa ilusión necesaria, sin embargo, para que ella pueda anticipar al yo que habitará ese cuerpo. Ese “yo anticipado” al que se dirige el discurso materno, inscribe al niño en un orden temporal y simbólico. La madre asume el riesgo (necesario) de investir por anticipado una imagen en ausencia de su soporte real, asumiendo también el riesgo de descubrir el desajuste entre la imagen y el soporte. Aulagnier postula que existe en la madre un “*deseo de hijo*” heredero de un pasado pero apuntando a un futuro que ningún hijo real puede (y debe) saturar. Distancia inevitable (y deseable) entre el “*deseo de hijo*” y del “*deseo por este hijo*”. La madre otorga deseo, don esencial, pero no pretende ser donante del objeto. El niño es pensado, hablado y deseado por sus progenitores que lo incluyen en sus historias, marcadas por su cultura. En los comienzos de la vida, se nutre de un “baño sonoro” de afectos. Cuando finalmente deviene el yo, el niño puede pensar sus propios pensamientos, guardar sus secretos, mostrar sus diferencias (Rother Hornstein, 2006).

La madre es única, pero el niño no lo es para la madre. Es investimento privilegiado, sí, pero no exclusivo, ya que ella tiene otras relaciones, se interesa por otras actividades y mantiene su investimento narcisista. El niño, en cambio, no reparte sus investimentos. La madre los acapara, excepto ese que él destina a su propio cuerpo.

La madre imagina por anticipado para su hijo un proyecto que lo ubica como padre o madre futuro. El niño hereda, entre otras, dos relaciones libidinales: la de la madre con su propio padre y la que vive con aquél con el que tuvo un hijo. El padre es el primer representante del “*discurso del conjunto*”<sup>11</sup>. Aquel que garantiza que el discurso materno -con sus anhelos, sus exigencias, sus prohibiciones- no va a contramano de lo socio-histórico.

Veamos lo que aportó Kohut al proceso de narcisización. Muchos años después sigue siendo novedoso. Para él el sí-mismo está constituido por tres substancias: 1) Un polo del que emanan las tendencias del poder y del éxito<sup>12</sup>; 2) un polo que alberga las metas idealizadas; 3) una zona intermedia -un arco de tensión de talentos y habilidades básicas- que se ve “impulsada” por sus ambiciones y “guiada” por sus ideales. Según haya sido su interacción con sus objetos, el sí-mismo surge como una organización más o menos consistente. Variable es su coherencia: desde la cohesión hasta la fragmentación. Variable su vitalidad: desde el vigor hasta el debilitamiento. Variable su armonía funcional: desde el orden hasta el caos. Cuando cohesión, vigor o armonía tengan un déficit significativo se producirá un trastorno narcisista.

En las depresiones la investidura narcisista está al servicio de regular el sentimiento de estima de sí. Kohut postuló que por ausencia o defecto de la narcisización las relaciones actuales son compensatorias. Con la noción de déficit conceptualiza un traumatismo por defecto. El déficit privilegia las fallas del objeto externo en la provisión de las necesidades narcisistas del niño.

---

de un deseo de abolir las situaciones de conflicto y de sufrimiento. Concreta de tal manera una tentación siempre presente: volver a hallar la certeza excluyendo tanto dudas y conflictos (Aulagnier, 1979).

<sup>11</sup> Más adelante, en este capítulo, retomaré el lugar del padre en la triangularidad edípica.

<sup>12</sup> En otro libro (Hornstein, 2000) me ocupé de señalar algunas diferencias entre los conceptos de yo y sí-mismo.



## Trama edípica y narcisización

Para entender cómo se constituye el sujeto hay que entender el devenir narcisista y para entender el devenir narcisista hay que articularlo con el Edipo y sus grandes ejes: la identidad y la diferencia, el deseo y la prohibición, el yo y la alteridad. El Edipo es el núcleo de la neurosis (Freud, 1925a) ya que es *“tanto el punto culminante de la vida sexual infantil como el punto nodal desde el que parten todos los desarrollos posteriores”*. Pero una visión determinista del Edipo, una historización lineal y no recursiva, llevará a pensar que el Edipo no irradia hacia la vida ulterior y solo es punto culminante de la vida sexual infantil. Pero el Edipo irradia. Sin el corset determinista, se toleran mejor los aspectos desconocidos del pasado y la influencia de los proyectos (del futuro) en el presente. Antes y *después* del complejo de Edipo, se producen actos psíquicos decisivos.

La teoría de las series complementarias no sólo reconoce la pluricausalidad (lo genético, la historia infantil, el vivenciar actual) sino que implica una especial manera de historizar.

¿Por qué el padre es reconocido como depositario del poder fálico? Porque es deseado por la madre. ¿Por qué la madre, en tanto madre, es reconocida como prohibida al deseo y, en tanto mujer, es mantenida como modelo del objeto futuro del deseo? No sólo es preciso que el sexo femenino sea reconocido como diferente sino que el niño debe visualizar al padre como deseante de esa diferencia (Lacan, 1966a).

La función paterna mete en caja a los personajes del Edipo. La triangularidad edípica conmueve la omnipotencia narcisista, propia de la relación dual. El padre, al interponerse entre el niño y la madre, excluye al niño y pasa a ser rival y modelo. Sin prohibición, volveríamos a la horda.

Es necesario considerar tres órdenes de determinación: qué lugar ocupa el padre (o el hombre) en el deseo de la madre, qué lugar ocupa en su propia cadena generacional (relación con su propio padre y, como efecto de ello, con este hijo) y qué lugar ocupa en el medio social.

La relación del padre con su hijo arrastrará detritus de la que tuvo-tiene con su propio padre. En el padre el deseo de muerte, reprimido (aunque a veces no tanto), será reemplazado por el anhelo conciente de que su hijo llegue a ser aquel a quien se le da el derecho a ejercer la función paterna en el futuro. Y así ofrece un derecho de usufructo sobre estos dones.

## La sublimación

Vicisitud de la pulsión procesada desde la complejidad de una historia identificatoria que permite desplazamientos simbólicos de los objetos primordiales. Historia identificatoria que constituye al yo, marcando límites, abriendo posibilidades. Algunas identificaciones lo parasitarán, otras le permitirán aceptar la movilidad temporal y la repetición será sustituida por la creación.

La sublimación es más que un concepto el índice de un permanente cuestionamiento. El término recorre la obra de Freud desde sus inicios hasta sus últimos escritos en los cuales escribe que la satisfacción sublimada posee un *“carácter particular que, por cierto, algún día podremos caracterizar metapsicológicamente”* (Freud, 1930).

He diferenciado (Hornstein, 1988) la sublimación de otros retornos de lo idealizado (idealización, fascinación, alienación, relaciones narcisistas) y de otros retornos de lo reprimido (formaciones reactivas, síntomas, pulsiones inhibidas en su fin<sup>13</sup>, intelectualización, aislamiento). Y sigo pensándola como doble retorno. La aptitud

---

<sup>13</sup> Especial importancia tiene la diferencia con las pulsiones de meta inhibida: *“Mociones pulsionales de fuentes notorias y con meta inequívoca, pero que se detienen en el camino hacia la satisfacción, de suerte que sobrevienen una duradera investidura de objeto y una aspiración continua”* (Freud, 1932). La inhibición en cuanto al fin (la ternura, por ejemplo) es una forma intermedia entre la satisfacción sexual directa y la sublimatoria.

para la sublimación es producto de *la identificación con la potencialidad simbolizante de los otros significativos*<sup>14</sup>.

*“La sublimación no es un ‘destino de la pulsión’ como los demás. Tanto en algunos creadores como en determinados buscadores de verdades, debe subrayarse algo que no puede llamarse de otra manera que pasión sublimatoria. Si bien supone un desvío respecto de los fines sexuales, la sublimación le deja el campo libre a una pasión que no tiene nada que envidiarle a la pasión amorosa” (Green, 2003).*

Antes de *“Introducción del narcisismo”* Freud decía que la meta y el objeto de la sexualidad sublimada tenían un valor social y ético más elevado, perspectiva que no abandonará del todo. Aunque, por más que la valorización socio-cultural incide, la sublimación sólo puede ser definida por los avatares de una historia personal y por la significación que toma para cada sujeto esa actividad que puede estar en concordancia o en discordancia con los valores admitidos en el campo cultural. La sublimación implica una participación transindividual que contribuye en alguna medida al patrimonio cultural. Que la actividad sea socialmente valorizada no es condición suficiente. ¿Será al menos condición necesaria?

¿Quiénes subliman?<sup>15</sup> ¿Haciendo qué se sublima? ¿Quién otorga el valor? La sublimación no es mera adaptación, por su compromiso subjetivo. Y no es que deba siempre oponerse al discurso social dominante sino que puede oponérsele.

Lo primero es no confundir la sublimación con lo sublime. ¿Por qué pensar que la sublimación es para pocos, que sólo subliman los grandes creadores? *“¿Por qué siempre el pintor o el investigador, antes que el tornero, el jugador de golf o el que cultiva su jardín? ¿Y qué decir del que se fascina navegando por la web?”* (Laplanche, 1999)

*“Sublimar”, “sublimación”, “sublime”. Palabras que no parecen para uno, como si en la vida cotidiana predominara la repetición (la escoria) y sólo los genios pudieran librarse de ella. Pero sólo una concepción de la sublimación que no la restrinja a actividades discursivas y artísticas socialmente valoradas, la convierte en una herramienta conceptual para desentrañar simbolizaciones creativas. Freud comienza su trabajo sobre Leonardo señalando, que en su práctica no accede frecuentemente a los “grandes de la humanidad”, por lo que “suele contentarse con un frágil material humano”. Si bien no aspira a “ensuciar lo esplendoroso”, no puede sino “estrechar el abismo entre aquella perfección y la insuficiencia de sus objetos habituales”.*

El yo se asigna valor a sí-mismo, lo asigna a sus actividades y también a sus relaciones. Con la instauración del ideal lo placentero puede (y suele) no coincidir con lo valioso.

La sublimación nos pone en la pista de qué relación tiene un sujeto con los ideales. La idealización genera inhibiciones o alienación. En la idealización se produce

---

<sup>14</sup> Lacan (en el seminario XIV) comenta que en la sublimación el vacío procedente de lo simbólico tiene un lugar fundamental. El vacío es una producción del significante que engendra la ausencia al crear la falta. El vacío en su espacialidad no es sino la representación metafórica de lo que, de lo real, padece por la relación con el significante. El objeto de deseo, no es el objeto pleno sino el objeto causa del deseo producto del vaciamiento del significante, más bien falta de objeto que objeto que falta. *“Ella [la sublimación] parte de la falta y con la ayuda de esa falta construye lo que es su obra y que es siempre la reproducción de esa falta. Esto implica una repetición dentro de este acto. En efecto, sólo re-elaborando la falta de una manera indefinidamente repetida se alcanza el límite que da a la obra entera su medida”.*

<sup>15</sup> *“La observación de la vida cotidiana de los seres humanos nos muestran que la mayoría consigue guiar hacia su actividad profesional porciones muy considerables de sus fuerzas pulsionales sexuales, y la pulsión sexual es particularmente idónea para prestar estas contribuciones, pues está dotada de la aptitud para la sublimación: o sea que es capaz de permutar su meta inmediata por otras, que pueden ser más estimadas y no sexuales” (Freud, 1910).*



un vaciamiento narcisista a expensas de un objeto externo. En la sublimación el yo renuncia al anhelo de hallar lo ideal en el exterior<sup>16</sup>.

Lo valioso depende del ideal que, si es exigente, no garantiza la sublimación sino que, por el contrario, suele generar inhibiciones. Estas tienen creciente importancia clínica: inhibiciones intelectuales, imposibilidad de participar en actividades creadoras, aburrimiento o displacer en reflexionar, sentimiento de vacío de pensamiento. La inhibición es una limitación funcional del yo<sup>17</sup>. En el caso de las depresiones, la inhibición nace del abismo que siente el sujeto entre aquello por realizar y la representación que tiene de sus posibilidades.

### **Las formaciones de compromiso**

Es obvio. Las prácticas individuales dependerán de cómo entiende cada uno el conflicto y, en consecuencia, las formaciones de compromiso. Lo que no es obvio, porque no siempre se explicita, es qué entiende cada uno por conflicto y por formaciones de compromiso.

El síntoma, después de Freud, no encandila como en una psiquiatría descriptiva. Y entonces podemos mirar el tráfico: "historia", "conflicto", "formaciones de compromiso", "repetición", "sexualidad", "transferencia". Son vehículos. Conceptos en la teoría y herramientas en la praxis. Ni en la teoría ni en la práctica ninguno de ellos es autosuficiente. Están tramados. Así, el sentido de un síntoma, de un vínculo, de una sublimación, de un sueño, de un duelo, de una inhibición lo enfoca en la perspectiva de toda una vida y en la trama del conflicto que lo origina. Y poniéndolos a jugar, poniéndolos en juego, puedo fundamentar que casi todos las personas tienen la capacidad de innovar y que el psicoanálisis es una simbolización historizante que hace llevadera la compulsión de repetición y, menos veces, libra de ella.

Todas las producciones subjetivas son pensables como formaciones de compromiso: las relaciones de objeto, la imagen de sí, los rasgos de carácter, las inhibiciones, las sublimaciones, las formaciones reactivas, la representación corporal, los proyectos, las fantasías, la sexualidad, los afectos, los sueños, los actos fallidos, los chistes, las repeticiones, la transferencia, los síntomas. Ya diré cuál es la ventaja.

Para no revivir su primordial desvalimiento, el yo recurre a la señal de angustia (angustia ante la irrupción de lo inconsciente, angustia real y angustia ante la pérdida de amor del superyó). Hostigado, el yo sueña y produce síntomas. Los sueños satisfacen el deseo sin miramiento por la realidad; los síntomas satisfacen al deseo y al superyó, y a veces también al ideal. Pero la realidad se reintroduce por la vía del beneficio secundario. No pocas veces el asediado yo, el "avasallado" yo logra formaciones de compromiso satisfactorias tanto en sus actividades como en sus relaciones con los otros.

En 1993<sup>18</sup> postulé prototipos<sup>19</sup> de formaciones de compromiso: el síntoma, el sueño y el chiste. Prototipos porque son primeros históricamente y porque representan cabalmente a los ejemplares de cada serie. Por ejemplo, en la serie del chiste, que en ese libro profundicé, encontramos: el jugar, el humor, la sublimación, los vínculos actuales. Siete años después<sup>20</sup>, esas ideas sobre el chiste como formación de compromiso tuvieron un tratamiento metapsicológico.

Freud ya había advertido que el chiste es un juego, y no un juego simple, que se apaga en seguida, sino un "juego desarrollado". Supone una concordancia psíquica

---

<sup>16</sup> Retomaré las diferencias entre idealización y sublimación en el capítulo 9.

<sup>17</sup> Freud (1926) atribuye las limitaciones funcionales del yo a diversas causas: hipersexualización, autopunición y disminución de la energía (propia de los estados depresivos).

<sup>18</sup> *Práctica psicoanalítica e historia* (Paidós, 1993).

<sup>19</sup> Según un diccionario de la lengua: 1. m. Ejemplar original o primer molde en que se fabrica una figura u otra cosa. 2. m. Ejemplar más perfecto y modelo de una virtud, vicio o cualidad. Real Academia Española.

<sup>20</sup> *Narcisismo* (Paidós).

con el otro, un placer procedente del inconsciente, una cooperación de los sistemas<sup>21</sup>. El chiste, la sublimación, el jugar, el humor, los vínculos son *simbolizaciones abiertas* que en el choque de repetición y diferencia permiten la emergencia de lo nuevo.

Entre sueño y chiste la diferencia más importante reside en que el sueño es un producto anímico asocial; no tiene nada que comunicar al otro<sup>22</sup>.

En el chiste hay placer por la actividad propia del aparato anímico, así como también ahorro en el gasto de inhibición al disminuir la contrainversión. El chiste cancela inhibiciones internas y reabre fuentes de placer. Es un *“juego desarrollado”, una actividad anímica placentera y socializada. No hay chiste de consumo interno; se requiere de un otro con el que se tenga una “amplia concordancia psíquica”*.

El chiste, dijimos, es un prototipo. Nos lleva ahora a la sublimación, ella también un *“juego desarrollado”*, con su particular alianza entre principio de placer, de realidad, de creación. Y en una espiral, la sublimación nos devuelve a los juegos desarrollados.

### Los juegos desarrollados

Para algunos psicoanalistas, no todos los vínculos actuales significativos tienen relación con lo inconsciente, lo que implica la concepción de un yo autónomo. Otros conciben los vínculos actuales como meras réplicas de los objetos fantaseados. Presentan al psiquismo como un sistema cerrado, tal vez porque la perspectiva es solipsista<sup>23</sup>. Yo postulo los vínculos actuales como formaciones de compromiso.

No hay relación actual significativa que no sea soporte de transferencias y que no remita a la realidad psíquica y, por lo tanto, a la historia. Vincularse con objetos actuales supone un trabajo psíquico de articulación entre objeto fantaseado-pensado y objeto real. No hay autonomía del yo en relación con su historia. Pero tampoco hay autonomía del yo en relación con su realidad actual. Si la hubiera, más que autónomo, el yo sería autista.

¿Por qué insisto tanto en la complejidad? Entre otras cosas, porque nos salva de las fáciles polaridades, de las supuestas contradicciones. Aceptar la noción de pulsión de muerte es aceptar también esa mismísima pulsión en los pacientes... y en nosotros, su tender hacia el vacío. Creo que eso es valiente y científico, aunque no pocos terapeutas la rechacen<sup>24</sup>. Pero ¿en que consisten las pulsiones de vida, sino en

---

<sup>21</sup> Freud diferencia entre retornos de lo reprimido conformes o en conflicto con el yo: *“Una cooperación entre una moción preconscious y una inconsciente, aún reprimida con intensidad, puede producirse en esta situación eventual: que la moción inconsciente pueda operar en el mismo sentido que una de las aspiraciones dominantes. La represión queda cancelada para este caso, y la actividad reprimida se admite como refuerzo de la que está en la intención del yo. Para esta última, lo inconsciente pasa a ser una constelación acorde con el yo, sin que en lo demás se modifique para nada su represión. El éxito del lcc en esta cooperación es innegable; las aspiraciones reforzadas, en efecto, se comportan diversamente que las normales, habilitan para un rendimiento particularmente consumado y exhiben frente a las contradicciones una resistencia semejante a la que oponen, por ejemplo, los síntomas obsesivos”* (1915c).

<sup>22</sup> *“El sueño es siempre un deseo, aunque irreconocible, y el chiste, un juego desarrollado. El sueño conserva, a pesar de su nulidad práctica, una relación con grandes intereses vitales. Busca satisfacer las necesidades por medio del rodeo regresivo de la alucinación y debe su posibilidad a la única necesidad activa durante el estado de reposo nocturno: la necesidad de dormir. En cambio, el chiste busca extraer una pequeña consecuencia de placer de la simple actividad -carente de toda necesidad- de nuestro aparato anímico, y más tarde, lograr tal aportación de la actividad del mismo, y de este modo llega secundariamente a importantes funciones dirigidas hacia el mundo exterior. El sueño se encamina predominantemente al ahorro de displacer, y el chiste, a la consecución de placer. Pero no hay que olvidar que a estos dos fines concurren todas nuestras actividades anímicas”* (Freud, 1905b).

<sup>23</sup> El solipsismo es una radicalización del subjetivismo en la que todo lo existente se reduce a la representación, por lo que encierra y aísla a la subjetividad. Un psicoanálisis no solipsista no descuida lo intrapsíquico. Lo vincula al objeto real.

<sup>24</sup> Freud, opone pulsiones de vida y de muerte. Las pulsiones de vida congregan las pulsiones de autoconservación y las sexuales (objetales y narcisistas). Su meta es encontrar transacciones que contemplan las exigencias contradictorias entre autoconservación, libido objetal y libido narcisista, teniendo como antagonista las mudas pulsiones de muerte. *“La meta de Eros es producir unidades cada vez más grandes y, así conservarlas, o sea, una ligazón”* (Freud, 1938a). Eros no solo conserva sino que

la creatividad de la vida misma? ¿En que se concreta la creatividad sino en hechos y en relaciones (vínculos)? Distingamos, por favor, cuándo una relación es nueva y cuándo es mera reactualización.

Los vínculos del pasado constriñen como prototipos los vínculos actuales. Si predomina lo mortífero lo actual será apenas sombra, se morirán los brotes. Fijaciones excesivas, duelos no elaborados, predominio de la compulsión de repetición, viscosidad libidinal, son distintos nombres de lo mortífero pero también distintos sitios donde podemos detectarlo y desactivarlo.

¿Qué es Eros sino la búsqueda de relaciones “suficientemente nuevas”? Relaciones. Vínculos. Lo sabemos. Estamos postulando otra noción, porque el psiquismo es un sistema abierto. Sólo si es abierto los encuentros actuales dejan de ser la realización de una virtualidad preexistente.

No hay evidencia clínica que toda simbolización esté condenada a la repetición. Tampoco, es cierto, que hay una metapsicología de lo nuevo, del advenimiento de lo nuevo. Mientras tanto (la teoría siempre es un mientras tanto cuando no se fosiliza), he postulado una metapsicología de las formaciones de compromiso cuyo prototipo es el chiste. Desde el punto de vista *tópico* hay predominio -aunque no autonomía- del yo en relación con el ello y el superyó. Desde el *dinámico* prepondera Eros sobre la pulsión de muerte<sup>25</sup>. Desde el *económico* predominan la energía ligada sobre la libre y el proceso secundario sobre el primario.

Tramitados mediante formaciones de compromiso de la serie del chiste, conflictos que hubieran conducido a un empobrecimiento libidinal y narcisista producen nuevas investiduras y nuevos vínculos al transformar necesidades singulares en finalidades originales y convertir labilidades en potencialidades creativas. Una historia movida conjuga permanencia y cambio. Las fijaciones siguen estando pero no monopolizan el campo. Presente y futuro se arraigan en el pasado, un pasado zarandeado por la diferencia.

Considerar las diversas formaciones de compromiso permite pensar una clínica más informada por la metapsicología y menos infectada por la nosografía. El inventario de rasgos de carácter y síntomas tiene sólo un valor relativo si no los remitimos al conflicto.

Podremos escuchar como juegos desarrollados el humor del paciente, sus chistes, sus más mínimas sublimaciones, esos juegos suyos que por simples alguna vez no consideramos. Sus vínculos dejarán de ser la escenificación de un libreto (determinaciones infantiles) para ser la apuesta, algo reglada, del *juego* de la vida.

En mi práctica también evalué el aporte de las formaciones de compromiso (el chiste, la sublimación, el jugar, el humor, los vínculos actuales) a ese compuesto que es la autoestima. Aunque sea monótono, vuelvo a citar:

*“Una parte del sentimiento de sí es primaria, el residuo del narcisismo infantil; otra parte brota de la omnipotencia corroborada por la experiencia (el cumplimiento del ideal del yo), y una tercera de la satisfacción de la libido de objeto” (Freud, 1914).*

---

con su carácter expansivo “neutraliza” la pulsión de muerte componiendo formaciones más complejas. Complejización es ligadura. Esa ligadura logra la permanencia del pasado en el presente en oposición a una renovación que no conservara nada del pasado. La idea de que toda pulsión es conservadora se basa en una termodinámica de los sistemas cerrados. En ellos siempre el destino es el retorno a un estado anterior. Pero para la biología contemporánea todo sistema vivo tiende a funcionar lejos del equilibrio hacia un estado de menor entropía mediante autoorganización.

<sup>25</sup> Las interpretaciones actuales de la pulsión de muerte evidencian la diversidad del campo posfreudiano por las reformulaciones de la teoría, muchas de las cuales constituyen alternativas teóricas. “*Por lo que concierne a la pulsión de muerte, señalemos que ninguno de los sistemas teóricos posfreudianos hace suya la letra de la teoría freudiana.*” La perspectiva esencial de las pulsiones de vida es asegurar una función objetivante por la desligazón (Green, 1983). El primer grito del recién nacido ilustra que vive porque Eros se opone a las metas de la pulsión de muerte, el último suspiro que exhala el moribundo nos señala la desaparición de la escena psíquica de uno de los adversarios. Esta antinomia original que oponen Eros y pulsión de muerte, investidura y desinvestidura, es la matriz conflictual de la vida psíquica (Aulagnier, 1982).

## Vínculos y autoestima

¿Cuáles son las funciones del otro? ¿Realización del deseo? ¿Neutralizar angustias? ¿Sostén de la autoestima o de la consistencia yoica? En las depresiones la conservación del valor del yo es primordial.

En las relaciones narcisistas se proyecta sobre el otro una imagen de sí-mismo, de lo que se ha sido, lo que se querría ser o lo que fueron las figuras idealizadas. Los otros cumplirán diversas funciones para el sujeto: balance narcisista, vitalidad, sentimiento de seguridad y protección, compensación de déficits, neutralización de angustias, realización transaccional de deseo.

El *vínculo narcisista* se caracteriza, entonces, por proyectar excesivamente problemáticas yoicas o buscar un ideal. El sujeto, enfrentado al mundo, lo aborda tratando de reencontrar en él su propia imagen, con el fin de salvaguardar ese estado de supuesta autonomía. *“Tenemos derecho a llamar narcisista a este amor y comprendemos que su víctima se enajene del objeto real del amor [...]. La vida anímica de los neuróticos consiste en otorgar mayor peso a la realidad psíquica por comparación con la material, rasgo este emparentado con la omnipotencia de los pensamientos” (Freud, 1919).*

No es que el vínculo narcisista desaparezca, como lo pide una ideología “optimista”<sup>26</sup>. Es que convive y comparte el poder con *vínculos actuales*. Entonces, hay reconocimiento de la diferencia entre pasado y presente. Los otros tienen vida propia. Regidos por sus propios deseos, más tarde o más temprano, tenderán a imponer su modalidad, su propio narcisismo y su propio realismo. Se rehusarán (aunque no siempre) a un lugar que no quieren o no pueden ocupar. Tal diferencia exige reconocer una realidad que difiere de la fantasía. Lo que implica sufrimiento, no necesariamente neurótico. Hay que confrontar y asumir la decepción ante una pérdida. O responder con una defensiva indiferencia a las afrentas procedentes del otro y de la realidad. El principio de placer pugna por ignorar la diferencia, por presentar el después como el retorno del antes, por la alteridad como identidad. El de realidad respeta la diferencia entre el otro fantaseado y el otro real, sitúa cada elemento en relación con el antes y el después, con lo mismo y la alteridad.

Hay muchas depresiones (esto hay que repetirlo). En algunas, la pérdida del otro reactualiza la indefensión infantil. El otro se torna amenazante. No está a disposición del sujeto. Es una ausencia omnipresente. No se sabe cuándo estará y cuando está no se sabe qué quiere. Sus deseos, proyectos, ansiedades son diferentes, extraños. Es el otro, lo otro, lo que alimenta al yo o lo devalúa. Sin embargo, el otro no es lo otro. De allí que el sufrimiento *no debe, no puede*, ser soslayado, porque es el precio de reconocer la diferencia entre la realidad y la fantasía. Y *debe* ser soslayado en tanto el exceso de sufrimiento puede desinvertir aquello que lo causa (Aulagnier).

El psiquismo tramita excitaciones no susceptibles de descarga al exterior o cuya descarga sería indeseable: *“ahora bien, al principio es indiferente que ese procesamiento interno acontezca en objetos reales o en objetos imaginados. La diferencia se muestra después, cuando la vuelta de la libido sobre los objetos irreales (introversión) ha conducido a una estasis libidinal” (Freud, 1914).* Introversión es una estación en el camino hacia la formación de síntoma<sup>27</sup>.

*“La investidura libidinal de los objetos no eleva el sentimiento de sí (...) el que está enamorado está humillado” (Freud, 1914).* Ahora bien, esta *“limitación del narcisismo”* no es sino aparente. Si fuera real, debería provocar afectos depresivos;

<sup>26</sup> Rescatar la relación narcisista con el otro supone oponerse a una visión dual en la que el yo y el objeto están separados como el adentro y el afuera aferrándose al ideal de la internalización. Denota la persistencia de una visión peyorativa del narcisismo. Un punto de vista teñido de normativa y de una teoría ideal del desarrollo hacia la objetividad plena en la “normalidad”.

<sup>27</sup> *“Un introvertido no es todavía un neurótico, pero se encuentra en una situación lábil [...]. El carácter irreal de la satisfacción neurótica y el descuido de la diferencia entre fantasía y realidad ya están, en cambio, determinados por la permanencia en el estadio de la introversión” (Freud, 1916-17).*

nada de eso ocurre. En el amor compartido el yo ya no recibe la sombra del objeto, sino es iluminado por el resplandor del objeto. Claro, la falta de reciprocidad aproxima el amor al duelo. El amor no correspondido reduce la autoestima, mientras que el correspondido la incrementa.

La investidura narcisista del otro, relativamente silenciosa en la neurosis, es bien audible en las depresiones. La función narcisista del mundo objetal es aportada por la concepción del psiquismo como sistema abierto. En esta concepción, y no en las otras, el *ser* (registro identificatorio) coexiste con el *tener* (registro objetal). Es posible un narcisismo trófico si y solo si el mundo objetal incluye la función narcisista de ciertos objetos.

Podríamos hablar, descriptivamente, de un narcisismo expansivo y un narcisismo retraído. No es que haya “retraídos” y “expansivos”. Un sujeto puede pasar por distintos estados. En el *expansivo*, ciertos vínculos (estables o sustituibles compulsivamente) compensan la fragilidad del sentimiento de estima de sí. En el *retraído*, la defensa es contra el peligro de devaluación del yo; predomina la distancia con el objeto y la negación de toda dependencia. Los depresivos retraídos aspiran a la autonomía. Por nada del mundo admitirían ser dependientes, sentirse prisioneros de sus deseos y por eso renuncian a la satisfacción pulsional. En la abstinencia se premian con el orgullo narcisista<sup>28</sup>.

La necesidad de crear sustitutos simbólicos compensa fallas en las fuentes primitivas de protección, creando una serie continua de relaciones de objeto narcisistas. Los depresivos se defienden ante el atisbo de una respuesta frustrante que les pueda generar una hemorragia narcisista. Para los depresivos las pérdidas son una herida narcisista. Ilustran cómo el yo es alimentado por los otros. La configuración objetal suele ser variable. Lo constante es el decisivo papel del otro, porque está o porque no está.

---

<sup>28</sup> Freud (1938b) señala que “*Mientras que la renuncia de lo pulsional debida a razones externas es sólo displacentera, la que ocurre por razones interiores, por obediencia al superyó, tiene otro efecto económico [ya que, además del displacer] le trae al yo también una ganancia de placer, por así decir una satisfacción sustitutiva. El yo se siente enaltecido, la renuncia a lo pulsional lo llena de orgullo como una operación valiosa*”.